

Siento una gran ternura al recordar las dos sucias figurillas.

Él, con su aire de hombre que se da, echándose atrás la pequeña gorra y metiendo las manos en las bolsas del pantaloncillo. Claudica el pequeño, pero como toda su personita está llena de malicia, el movimiento que el defecto le imprime al caminar no despierta lástima. Se pregunta uno, ¿lo hará de intento?

La cara de la chiquilla es muy parecida á la de su hermano. Grande, pálida, con palidez de anemia, los ojos pequeños, hundidos, brillando como cuentas negras, y el cabello enmarañado cayendo alrededor del rostro. Tiene el vientrecillo hinchado; así el sucio y oscuro vestido que es el único que le conozco, le queda más corto adelante.

Esta mañana salió la madre á llamarlos.

—¡Malditos muchachos, me tienen aburrida. Ya me la pagarán demonios, ya. Quita, maldito perro,—con-

tinuó, mientras daba un puntapié á un pobre perrillo flaco y triste,—me tenés aburrida!

Los chicos y el perro se amontonaron á la entrada, confundidos en las mismas imprecaciones. El padre venía por la acera tambaleándose. Su cara gruesa, de facciones duras, estaba contraída por una sonrisa estúpida. Al pasar cerca de mí sentí el tufo del alcohol.

Yo vi temblar las dos pequeñas figuras. Sus ojitos miraron angustiados al hombre y luego á la madre.

Me alejé llena de pena.

Ya lejos volví la cabeza.

Habían vuelto á la acera asoleada. Era un triste grupo: los dos niños, recostados á la pared, quietos; y á sus pies la pobre y flaca figura de su perrillo.

El sol dejaba caer sobre ellos su oro, con tanta alegría como lo había visto derramarse sobre un ramo de rosas que amaneció abierto en mi jardín.

CARMEN LIRA

CRÓNICAS SOCIALES

Nuestra piedad

Sufre entre nosotros la piedad los mismos rarísimos trastrueques que el clima y la altitud de nuestros países hace sufrir á todas nuestras cosas.

En torno de todas las catástrofes ruidosas, la curiosidad malsana toma el puesto que al humano consuelo corresponde, y hay que verla simular gesto misericordioso y actitud doliente, y pasar entre el silencio de muchas reverencias, convertida en piedad. No importa la suma de responsabilidad que en el desastre la incumba. No hay que contar con los mil modos que tuvo de evitar el siniestro.

Ella es la plañidera que para lamentar las diarias desdichas, alquila el bienestar social que no sabe interrumpir sus regodeos.

¡Y cosa singular! Cuando los acontecimientos se desenlazan antes de la sazón marcada por el convenio general, el estallido es un desastre, pudiendo haber sido en otro caso una victoria tan sangrienta como él.

Un mismo hecho puede ser para la piedad costarricense, motivo de congoja ó de orgullo, según que ocurra en este ó en el otro minuto.

Luego de haber estallado el polvorín oficial¹ matando á tres soldados y deshaciendo el hogar de dos familias, la mentida piedad vertió su

¹ La explosión del polvorín denominado *La Pólvara*, ocurrida en la mañana del 11 de agosto, producida por negligencia, según se deduce de la teoría expuesta por el militar Zúñiga Montúfar, y que pudo muy bien haber destruído la ciudad de San José, según declaración del militar Romain, Comandante de Plaza y jefe de la policía.